

## **Sobre la primacía de lo cultural en los estudios sobre los nacionalismos\***

**Mariano Esteban de Vega**

Universidad de Salamanca

\* Este trabajo forma parte de las actividades del proyecto de investigación con referencia HAR2017-87557-P, correspondiente al Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Convocatoria 2017.

**E**l paso «de la ideología a la cultura», la primacía de lo cultural en los estudios históricos respecto de la que en otro tiempo gozó lo social, es sin duda uno de los elementos que mejor definen la evolución de la historiografía en las últimas décadas, aquellas en las que se ha desarrollado la vida profesional de Carlos Forcadell. El propio Forcadell se ha referido a este proceso en varias ocasiones:

Cultura, identidad, memoria, [son] conceptos que, como es visible y sabido, ocupan un espacio progresivamente más amplio desde hace algunos años en las preocupaciones o perspectivas epistemológicas del oficio [...].

El desplazamiento de la anterior centralidad de la historia social a la hegemonía de la historia cultural se ha producido, con tanta rapidez como intensidad en la década de los años noventa [...].

[Se trata de] un veloz y visible desplazamiento de temas, métodos y preocupaciones desde lo que podemos llamar, con trazo y brocha gorda, historia social clásica, hasta la llamada historia cultural<sup>1</sup>.

Hace ya quince años que se escribieron estas palabras y las cosas no solo no han cambiado desde entonces, sino que probablemente este desplazamiento se ha profundizado. Quizá –como indica un joven historiador formado ya en este giro– asistamos hoy a un cuestionamiento todavía más radical de las formas de hacer historia, que podría resumirse no solo en este giro «de lo ideológico a lo cultural», sino en el paso «de la estructura a los sujetos» o, mejor incluso, «de los sujetos estructurales» (el historiador tiene una idea previa, de clase, de nación, de género, etc., y luego la hace encajar en fuentes empíricas, buscando casos que apoyen el resultado estructural que quiere obtener) «a las estructuras de sujetos» (es decir, la idea de que las abstracciones colectivas solo existen a través de agregados sociales diversos y conflictuales y que operan con algún tipo de dinámica colectiva que se manifiesta en ellos)<sup>2</sup>.

Pero no es en esta línea en la que pretende profundizar este trabajo sino en constatar particularmente la existencia de este «giro cultural» en el estudio de los nacionalismos, uno de los

---

1 Carlos FORCADELL: «La historia social, de la 'clase' a la 'identidad'», en Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA / Alicia LANGA (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 15-35, esp. p. 17.

2 Raúl MORENO ALMENDRAL: «La nación de los sujetos: propuestas para una investigación de los fenómenos nacionales a comienzos de la época contemporánea», *Rúbrica contemporánea*, 11 (2017), pp. 5-23.

terrenos que ha concentrado una parte más elevada de la producción historiográfica española en las últimas décadas. En él se ha producido una renovación muy significativa, que obedece a múltiples factores, ligados unos a ese cambio general de panorama intelectual, otros a la irrupción de paradigmas interpretativos muy potentes y otros, en fin, a un cambio generacional que si ha sido muy perceptible en el conjunto de la historiografía española quizá lo haya sido aún más en este campo.

## Los primeros pasos de un nuevo campo de estudio

Podríamos tomar como punto de partida en la consideración de este cambio el que trazaba Justo Beramendi en 1992, en un artículo de la revista *Historia Contemporánea*, titulado «La historiografía de los nacionalismos en España», una especie de estado de la cuestión en esa fecha<sup>3</sup>. Fue a finales de los años sesenta y durante los setenta, decía Beramendi, cuando nació académicamente en España el estudio de los nacionalismos. Por un lado, el desarrollo político de los nacionalismos periféricos, al final del franquismo y durante la transición a la democracia, exigía recuperar y ampliar el discurso autoafirmativo de la preguerra, y ello explica la floración de escritos que, en la órbita de un historicismo nacionalista más o menos *aggiornato*, buscaron recuperar la historia de naciones y nacionalismos como arma de combate contra el franquismo españolista. Pero, por otro lado, también surgió entonces un enfoque cualitativamente nuevo, en conexión con la filiación política de sus autores (Jordi Solé Tura, Isidre Molas, Antonio Elorza, Javier Corcuera, etc.), en el que la inspiración teórica dominante era de origen marxiano, y más concretamente del marxismo francés, sobre todo en la versión de algunos hispanistas muy influyentes, como Pierre Vilar. En este enfoque –esa era la principal novedad– se pretendía analizar y explicar los nacionalismos, al menos en algún grado, en su relación con la sociedad y el marco político institucional en que se desarrollaron, y no como meras emanaciones de un ser nacional preexistente; el nacionalismo se percibía ya, por tanto, como un fenómeno histórico dinámico, plural y contradictorio, tanto en sus bases sociales como en sus formulaciones ideológicas y prácticas políticas.

El protagonismo metodológico del marxismo en esta primera generación de historiadores españoles del nacionalismo aportaba, pues, una visión diferente. Pero también llevaba aparejados algunos lastres. Sobre todo, fue compatible con un neoesencialismo del que derivaron muchas historias patriótico-revolucionarias, en sintonía con los nacionalismos periféricos, continuadoras en realidad del historicismo tradicional. La influencia marxista, además, achicó el espacio para otras influencias posibles, en particular de la sociología anglo-americana, que utilizaba otros conceptos (etnicidad, etnocentrismo, *nation-building*, etc.), y que había introducido nuevos objetos de estudio como la función del Estado en la génesis de los nacionalismos y la relación entre estos y los procesos de nacionalización de la sociedad, cuestiones que aquí tardaron mucho más en plantearse. Temáticamente fue también muy selectiva, pues produjo avances significativos en el conocimiento de los nacionalismos periféricos, sobre todo del nacionalismo catalán, mientras que no abordó apenas el nacionalismo español o la interacción entre nacionalismos. En todo caso, sigue indicando Beramendi, se debe a esta época que la práctica profesional adquiriese una dinámica relativamente autónoma, y que las investigaciones pasaran ya a centrarse en los nacionalismos y en su relación con las sociedades que los engendraban, no tanto en las naciones entendidas al modo convencional.

---

3 Justo BERAMENDI: «La historiografía de los nacionalismos en España», *Historia Contemporánea*, 11 (1992), pp. 135-154.

Sobre la base de estos estudios realizados al final del franquismo y en la época de la transición, los años ochenta asistieron a un incremento de trabajos y a algunos progresos. De hecho, «el rasgo más sobresaliente es la notable expansión productiva que da lugar al crecimiento de los núcleos de investigación consolidados y al nacimiento de otros nuevos, lo que se traduce en una gran acumulación de conocimientos positivos en casi todos los ámbitos territoriales y temáticos»<sup>4</sup>, aunque siguió sin solucionarse el problema apuntado más arriba de la casi completa ausencia de estudios sobre el nacionalismo español y sobre su relación dialéctica con los restantes. Además, en esta década los avances no impidieron que, paradójicamente, se produjera un alejamiento respecto de las pautas investigadoras de otros países, que entonces se estaban renovando radicalmente hasta culminar en la aparición de una serie de obras, hoy clásicas (de Gellner, Anderson, Hobsbawm y otros), que supusieron la configuración de un nuevo paradigma interpretativo del fenómeno nacional, «modernista» y «constructivista», enseguida ampliamente mayoritario en la historiografía internacional en la materia. Esta renovación tardó, no se trasladó inmediatamente, sin embargo, a nuestra historiografía. El elemento diferencial más importante era entonces, según Fernando Molina, que los historiadores españoles seguían asumiendo una interpretación de la nación aún en clave primordialista, en tanto que experiencia histórica anterior al nacionalismo; por el contrario, el nuevo paradigma había convertido la nación en producto del nacionalismo<sup>5</sup>.

## Constructivismo y procesos de nacionalización

El punto de inflexión al respecto, el que en este sentido implicó una progresiva «normalización» de la historia del nacionalismo en España, se sitúa, como ha indicado el propio Fernando Molina, a comienzos de los años noventa, en torno al congreso internacional sobre nacionalismo celebrado en septiembre de 1993 en Santiago de Compostela. El evento reunió a una nómina extraordinaria de autores de gran prestigio internacional y en él resultó manifiesta la hegemonía académica alcanzada por el paradigma constructivista, que a partir de entonces comenzó a trasladarse a España.

En efecto, la producción historiográfica española de los últimos años del siglo XX y primeros del siglo XXI adquirió nuevos perfiles. Por un lado, los estudios sobre el nacionalismo catalán comenzaron a estancarse, salvo en los trabajos renovadores de Fradera y, sobre todo, de Marfany, acogidos con notable hostilidad en el entorno académico catalán, y, en relación con otros discursos nacionalistas españoles, por las publicaciones de Ucelay, Duarte o Canal. El modernismo constructivista afloró también en la historiografía vasca, a partir de trabajos tempranos de Jon Juaristi continuados por varios grupos muy potentes en cantidad y calidad (García de Cortázar, Granja, Castells, Montero, Rivera, etc.). Tuvo lugar también una renovación muy significativa en el estudio del galleguismo, en el que a las aportaciones de Beramendi se unieron las de Núñez Seixas. Finalmente, las investigaciones sobre el nacionalismo español emergieron

---

4 *Ibid.*, p. 147.

5 Fernando Molina advierte, agudamente, sobre cómo los historiadores abrazaban entonces una narrativa que venía a dar por supuesto el éxito de los nacionalismos subestatales «modernos» (particularmente el catalán) y el fracaso del estatal español, intrínsecamente reaccionario. La expresión culminante de este modelo interpretativo fue la tesis de la «débil nacionalización», aunque también esta tesis fue rechazada, por demasiado constructivista, en el ámbito académico catalán más expresamente comprometido con el proceso de construcción nacional de Cataluña. Fernando MOLINA APARICIO: «Rescatar la historia de la nación. Una historia de la historiografía del nacionalismo en España», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 35 (2018), pp. 43-79, esp. pp. 48-50.

ya con fuerza, aunque todavía circunscritas al análisis de los discursos, y a los trabajos pioneros de Andrés de Blas se unieron los de Álvarez Junco, en particular su «Mater Dolorosa», convertida desde su publicación en 2001 en obra de referencia, incluso –como sucedió en los primeros trabajos de Ferran Archilés– para ser sometida a revisión crítica<sup>6</sup>.

Pero lo que nos interesa sobre todo destacar aquí es lo que este cambio significó de desplazamiento desde lo «ideológico a lo cultural». Inicialmente, el pasado de los nacionalismos había sido reconstruido sobre todo a través de acontecimientos y actores de signo político e ideológico: estudios de partidos y movimientos sociales, discursos de líderes e ideólogos, etc. Ahora, bajo la influencia del nuevo paradigma modernista, el énfasis pasó a ponerse en la construcción de las identidades colectivas, en las que el elemento cultural resulta decisivo. Y en este entorno emergió una nueva categoría de análisis, la nacionalización, llamada a tener un peso considerable desde entonces. Como suele suceder, al principio hubo muchos más llamamientos a la conveniencia de abordar ese campo que ocasiones reales en las que se abordó. Sin embargo, el estudio de los procesos de nacionalización acabó convirtiéndose en protagonista de los estudios sobre los nacionalismos en España a comienzos del nuevo siglo.

Este es el contexto en el que se inserta el proyecto promovido en 2004 por Justo Beramendi de emprender una investigación colectiva en torno al proceso de nacionalización española. Entonces el nacionalismo español se había convertido ya en el eje de la producción historiográfica sobre el tema, pero empíricamente se había centrado en los discursos nacionales de las elites, particularmente de las madrileñas, ligadas al centro del Estado, dejando al margen otras aportaciones periféricas y, sobre todo, sin preocuparse del arraigo social de esos discursos. Sin embargo, como indicaba el propio Beramendi, en la línea de los estudios sobre la nacionalización de las masas realizados en otros países, el problema en torno al cual debía girar la investigación sobre los nacionalismos en España consistía en tratar de explicar por qué España, un Estado pluriétnico de principios de la Edad Moderna, que había conservado su unidad política durante siglos y mantenido un carácter uninacional hasta finales del siglo XIX, había conocido desde inicios del XX el desarrollo de nuevos y vigorosos nacionalismos. No estaba clara aún la respuesta, pero sí que para resolver el problema no bastaba con analizar los discursos nacionales, sino que había que averiguar las relaciones de dichos discursos con la sociedad, evaluar en qué medida esta asumía que constituía la nación que proclamaban los nacionalistas. Y dicha tarea solo podía enfrentarse «desde abajo», es decir, prestando atención a las variantes locales, provinciales y regionales de la cuestión<sup>7</sup>. El planteamiento de esta investigación se situaba así en sintonía con otro giro, el «giro local», que ya había experimentado la historiografía europea sobre los nacionalismos y que entonces empezó a conocer también la española<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 57 y ss.

<sup>7</sup> Esta era, en síntesis, la propuesta de investigación que presentó Justo Beramendi a varios grupos de otras universidades a finales de 2004 y que fue discutida en el encuentro «Nacionalismo español y nacionalización española», celebrado en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales en mayo de 2006. Cfr. Justo BERAMENDI: «Algunos aspectos del *nation-building* español en la Galicia del siglo XIX», en Javier MORENO LUZÓN (coord.): *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 25–58.

<sup>8</sup> De particular interés al respecto es el artículo de Celia APPLEGATE: «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Subnational Places in Modern Times», *The American Historical Review*, 104–4 (1999), pp. 1157–1182. El impacto del debate en la historiografía española puede verse especialmente en el dossier de la revista *Ayer*, coordinado en 2006 por Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, titulado «La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)». Posteriormente, en esta línea, Eric STORM: *The Culture of Regionalism: Art, Architecture and International Exhibitions in France, Germany and Spain, 1890–1939*, Manchester, Manchester University Press, 2010; y «La cultura regionalista en España, Francia y Alemania: una perspectiva comparada, 1890–1937», *Ayer*, 82 (2011), pp. 161–185.



Mariano Esteban –en primer término–, Mauro Moretti, Miquel A. Gelabert, Pilar Aznar y Paola Carlucci. Zaragoza, 2013.

Fruto de aquel cambio de perspectiva fue, en primer lugar, que en el ámbito de los discursos nacionales las elaboraciones teóricas de los ideólogos, las declaraciones de los políticos, las posturas de la prensa o las acciones de los partidos, organizaciones y movimientos respecto de la nación que surgían del centro madrileño, se vieron complementadas por la consideración de los procedentes de la periferia territorial, catalana, vasca, gallega o incluso castellana. Más relevante aún, la consideración del papel central del Estado como agente nacionalizador (a través de la educación, el ejército o la administración) perdió peso en relación a otros protagonistas: algunos de ellos públicos (los ayuntamientos y las diputaciones provinciales), pero otros privados, es decir, iniciativas y agentes particulares, emanadas de la sociedad civil y su tejido institucional, como la prensa, los medios de comunicación y las redes asociativas o, a menudo en lugar preminente, la Iglesia católica. Por otro lado, los ámbitos municipales y provinciales pasaron a ocupar un lugar relevante en el escenario de la construcción nacional, desde la idea de que, también «desde abajo», las identidades locales fueron a menudo complementarias de la nacional, incluso un cauce privilegiado para su expresión. Al interés analítico por los discursos sobre la nación se sumó la consideración de las movilizaciones, los símbolos y los mitos, el arte y la cultura, así como identidades mediadoras como el género o la religión. En cuanto a la penetración social de estos mensajes y la efectiva construcción social de las identidades nacionales por grupos e individuos, mucho más difícil de caracterizar, pudo acreditarse al menos la plena y creciente identificación con el imaginario español de los estratos superiores de la sociedad desde el inicio de la contemporaneidad, aunque el balance fuera más difícil de realizar respecto de las clases populares, sobre todo en el mayoritario campesinado.

En otro lugar hemos dado cuenta de las principales aportaciones surgidas de aquel proyecto colectivo promovido por Justo Beramendi y asumido finalmente por grupos de investigación de cuatro universidades (Autónoma de Barcelona, País Vasco, Salamanca y Santiago de Compostela), que celebraron cuatro congresos conjuntos entre 2009 y 2018 y publicaron sus correspondientes ediciones<sup>9</sup>. Lo relevante en este caso es que dichas aportaciones resultan representativas de la evolución de la historiografía española sobre los nacionalismos en los últimos quince años, en la que se han introducido nuevas perspectivas de análisis, siempre en la línea ya señalada de la preminencia de los enfoques culturales, que han hecho crecientemente rico y complejo el estado de la cuestión actual.

### **Nuevos enfoques, nuevos autores: el giro hacia la individuación**

El congreso que en 2015 celebraron estos grupos en Vitoria, bajo el título «Factores de nacionalización en la sociedad española contemporánea» puede considerarse particularmente significativo del panorama apuntado. En la presentación del volumen que recogía estos trabajos, Félix Luengo y Fernando Molina constataban cómo, a nivel general, el concepto de «nacionalización» estaba sustituyendo progresivamente en el ámbito académico al de *nation building* y, en ocasiones, al de nacionalismo, «demasiado encorsetados, el uno, en un paradigma modernizador un tanto trasnochado y, el otro, en una concepción política e ideológica de la nación que tiende a hacer abstracción de su poderosa dimensión cultural y simbólica». Este proceso se estaría verificando también en la historiografía española, que comenzaba a reemplazar «un concepto demasiado cerrado de la nacionalización por otro más abierto e integrador de las diversas vertientes de ese fenómeno». Los ejemplos de este nuevo tipo de aproximación al tema lo encontraban en varias obras publicadas en los años inmediatamente anteriores: tras el libro de Alejandro Quiroga sobre la nacionalización en la dictadura de Primo de Rivera, editado en 2008, destacaban sobre todo dos aproximaciones generales a la cuestión, una del propio Fernando Molina y Miguel Cabo, publicada en 2012 y otra de Francisco J. Caspistegui publicada en 2014; y dos dossieres de revistas dedicados al fenómeno, titulados «La nacionalización en España», coordinado por Alejandro Quiroga y Ferran Archilés para la revista *Ayer* en 2013 y «La nacionalización en la España contemporánea», dirigido por Fernando Molina para la revista *Rúbrica Contemporánea* (entonces en prensa y finalmente aparecido en 2017, bajo el título «La nueva historiografía del nacionalismo en España»)<sup>10</sup>.

En efecto, nuevos conceptos, como «nacionalismo personal», «nacionalismo cotidiano» o «experiencias de nación», coincidentes en concebir la nación como una narración, que los individuos adaptan, venían a dar respuesta a una parte importante de los problemas planteados hasta entonces sobre la necesidad de calibrar la recepción social de los mensajes nacionalistas y la conveniencia de entender los grupos sociales y los individuos no como meros receptores de dichos mensajes, sino también como partícipes en la construcción de los mismos. En una reseña del libro que recogía los resultados de este congreso, Raúl Moreno Almendral advertía con acierto la singularidad de que en él se reunieran ya aportaciones de varias genera-

<sup>9</sup> Mariano ESTEBAN DE VEGA: «El proceso de nacionalización española. Balance aproximativo de un proyecto», en Justo BERAMENDI / Miguel CABO / Lourenzo FERNANDEZ PRIETO / Alfonso IGLESIAS AMORÍN (eds.): *La nación omnipresente. Nuevos enfoques sobre los procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Granada, Comares, 2020, pp. ix-xxiv.

<sup>10</sup> Félix LUENGO TEIXIDOR / Fernando MOLINA APARICIO (eds.): *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España Contemporánea*, Granada, Editorial Comares, 2016, pp. 13 y ss.

ciones académicas dedicadas al estudio de la nacionalización en España, cada una de las cuales –añadimos nosotros– adoptaba una perspectiva de análisis relativamente diferenciada. De hecho, el propio Moreno Almendral, perteneciente a la más joven de esas generaciones, iba más allá en su valoración de esta obra y observaba también «un cierto lastre teórico» en muchos de los trabajos publicados: lo peor era, en su opinión, que «a un nivel implícito se sigue concibiendo a la nación como algo que «es» (concepción ontológica), y no como algo «que pasa/ocurre» (concepción fenomenológica)»; la nacionalización, a su juicio, no sería un proceso de comunicación social en el que un mensaje «se emite» a través de unos «canales» y después «se recibe» con mayores o menores adaptaciones, sino que «la única manera de estudiar la nación como una experiencia a la vez individual y colectiva, en continua reproducción y siempre potencialmente conflictiva» sería «pasar a un modelo de interacción asimétrica y una verdadera vuelta al sujeto»<sup>11</sup>.

También habían surgido nuevas vías para abordar la cuestión clave del paso de la uninacionalidad española del siglo XIX a la plurinacionalidad del XX y XXI. Se trataba sobre todo de distinguir entre diferentes espacios (la esfera pública, la semipública y la privada, siguiendo la categorización propuesta por Alejandro Quiroga), de la que resultarían a su vez distintas «experiencias de nación» (en la expresión de Ferran Archilés), es decir, en vivencias diversas que permiten a un individuo identificarse como nacional y que son comunicadas de forma narrativa<sup>12</sup>.

Podría decirse así que en los últimos años, a partir de aportaciones de diferentes generaciones de historiadores, ha terminado configurándose un campo de estudio consolidado, con enfoques diversos surgidos de experiencias formativas y prácticas de investigación también diversas. Con problemas muy parecidos a los de la historiografía sobre el tema de otros países, entre los cuales se encuentra la pervivencia de un nacionalismo académico que no acaba de superarse, como ha mostrado recientemente la eclosión del secesionismo catalán. Sin el decalaje teórico que en otro tiempo la singularizaba, pues también aquí el constructivismo es la «ortodoxia dominante», pero tiende a no constituir ya un paradigma cerrado e incorporar cada vez más aportaciones etnosimbolistas que inciden en la fundamentación cultural de las identidades nacionales<sup>13</sup>. Y con un creciente protagonismo de una nueva generación que, en palabras

---

<sup>11</sup> *Pasado y memoria. Revista de historia contemporánea*, 17 (2018), pp. 560-563.

<sup>12</sup> Alejandro QUIROGA: «Les tres esferes. Cap a un model de la nacionalització a Espanya», *Segle XX*, 4, (2011), pp. 144; y «La nacionalización en España. Una propuesta teórica», *Ayer*, 90 (2013), pp. 17-38. Ferran ARCHILÉS: «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920)», en Javier MORENO LUZÓN (coord.): *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 127-151; y «Lenguajes de nación. Las 'experiencias de nación' y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate», *Ayer*, 90 (2013), pp. 91-114. Fernando MOLINA APARICIO: «La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional», *Ayer*, 90 (2013), pp. 39-63.

<sup>13</sup> No faltan, sin embargo, avezados especialistas en detectar «esencialismos» en cuantos manifiestan su insatisfacción con el paradigma modernista, incluso en las aportaciones de Anthony Smith, «autor claramente cercano a las tesis esencialistas» según Pérez Garzón. Ni tampoco, en otra órbita, quienes sostienen con aplomo que «las conceptualizaciones sobre mitos y leyendas de Hobsbawm han sido utilizadas a menudo para estigmatizar los nacionalismos periféricos y sus historiografías», dentro de una «ofensiva abiertamente descalificadora de las narraciones del pasado y de los historiadores de las comunidades autónomas que no comulgan con la narración «unitaria» de la historia española, abanderada por las élites culturales y políticas del Estado». Respectivamente, Juan Sisinio PEREZ GARZÓN: «Evolución y rasgos de las historiografías de los nacionalismos en España», en César RINA SIMÓN (ed.): *Procesos de nacionalización e identidades en la península ibérica*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2017, pp. 47-74, esp. p. 62; y Giovanni C. CATTINI, «Mitos y tradiciones en la configuración de los nacionalismos. Un debate historiográfico internacional y una aproximación galaico-vasca-catalana (1970-2015)», *Murguía. Revista Galega de Historia*, 37 (2018), pp. 125-139, esp. pp. 126 y 138.



de Fernando Molina, ha modificado radicalmente modos de trabajo –imponiéndose las dimensiones culturales sobre otras– y maneras de tramar el relato del pasado (del paradigma melancólico de la excepcionalidad y el fracaso al de la normalización internacional que subraya la complejidad de las prácticas nacionalizadoras). Y que en los últimos años ha consolidado el «giro individual», junto a otras aportaciones posmodernas como la tesis del nacionalismo banal o la teoría contextual de Rogers Brubaker, como las tendencias hoy más prometedoras en los estudios sobre nacionalización.

Quizá esta nueva generación sea capaz, definitivamente, de generar la interlocución con otras historiografías y con la propia teoría del nacionalismo formulada desde la ciencia social internacional que tantas veces hemos añorado como horizonte de normalización definitiva, signifique esto lo que pueda significar. Aunque, como también escribió Carlos Forcadell, «la renovación historiográfica, afortunadamente, nunca cesa, e incluso es tan múltiple, polifónica y veloz que resulta difícil seguir de cerca tantas propuestas de tantos 'intérpretes ansiosos' que pueblan los bosques», recordando la metáfora de Clifford Geertz que utilizaba a menudo Juan José Carreras. Por ello, también convendría, como igualmente escribió Forcadell con la sensatez y el buen sentido que han caracterizado siempre su obra historiográfica, «evitar el viejo y repetido pecado de soberbia»<sup>14</sup>.

---

**14** «La historia social clásica renovó profundamente el conocimiento del pasado, pero al reclamar la centralidad para su práctica historiográfica cayó en un viejo y repetido pecado de soberbia, el mismo que tienta hoy a una historia cultural que también ha ampliado profundamente el conocimiento y el método históricos», Carlos FORCADELL: «La historia social, de la 'clase' a la 'identidad'», p. 17.